

LA CORTESANA DE LAS FLORES

AYAKO MIYAGI

Traducción del japonés:
Madoka Hatakeyama


QUATERNI

Titulo original: Hanayoi Dichu,
Copyright © Ayako Miyagi 2007
Todos los derechos reservados
Edición original japonesa publicada por SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd.
La presente edición en español, se publica de acuerdo con SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd.,
a través de Ogihara Office, España

Copyright © 2016 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados
Traducción del japonés: Madoka Hatakeyama

LA CORTESANA. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-944649-9-7

EAN: 9788494464997

IBIC: FRD, FP

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Revisión: Eva González Rosales

Diseño de colección: Quaterni

Imágenes interiores y de cubierta: Satomi Endo

Diseño de cubierta: Cuadratín

Maquetación: Grupo RC

Impresión:

Depósito Legal: M-35478-2016

Impreso en España

22 21 20 19 18 17 16 (10)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

ÍNDICE

La cortesana con flores en la piel	11
Efímera.....	43
Peonía azul	61
La luna tímida	125
Una diosa Kannon bajo la nieve	209
El salvoconducto para Daimon	237



LA CORTESANA CON FLORES EN LA PIEL

La tutora de Asagiri murió una noche de diciembre en la que los copos de nieve bajaban danzando desde el cielo oscuro. Tintó su kimono de noche de un rojo intenso, como si la flor del lirio araña rojo se hubiera equivocado de estación.

Después del cierre del prostíbulo, una pequeña aprendiz kamuro¹ entró en el dormitorio de Asagiri, que estaba sola, para avisarla de su fallecimiento. Asagiri y la niña atravesaron sin hablar el pasillo frío y silencioso que conducía a la habitación de su tutora.

Abrieron lentamente la puerta corredera de papel y encontraron tras ella a los hombres que estaban preparando el cuerpo. Lo levantaron como si fuera ligero como una pluma y lo doblaron como un lienzo blanco. Finalmente lo metieron en un ataúd pequeño y humilde. Su futón, que había aparecido salpicado de pétalos rojos, ya estaba frío.

1 Aprendiz de prostituta menor de trece años.

Asagiri observó desde el pasillo de la segunda planta mientras los hombres bajaban el ataúd en silencio. Salieron por la puerta trasera y se dirigieron al templo.

Cuando la madre de Asagiri murió, tiraron su cadáver al asqueroso canal. La gente tropezaba con la llorosa Asagiri, pero a nadie le importaba.

—Hay muchos niños sin madre, deja de llorar —le decían.

Asagiri protestaba.

—No, no lloro por eso. Lo hago porque no puedo evitar que el agua sucia del canal la salpique. Lloro porque no puedo alejarla del mal olor y de la basura.

En el año ocho de la era Tempō² se produjo un incendio en la casa de Gentarō Chōjiya en el distrito Fushimichō de Yoshiwara. El fuego se propagó por todo el vecindario, salvo una parte en el sur. Fushimichō estaba a la izquierda de la puerta Daimon, la entrada principal de Yoshiwara. El fuego bloqueó la salida, por lo que muchas prostitutas murieron quemadas allí mismo.

En Yoshiwara se producían muchos incendios. Se decía que una mujer llamada Oshichi había provocado uno para escapar con un hombre. A partir de entonces, algunas mujeres de Yoshiwara le copiaron la idea y prendieron fuego a sus prostíbulos para huir de ellos.

Las casi tres mil prostitutas que perdieron sus casas aquel año empezaron a vivir en casetas provisionales situadas en tres áreas: Hanakawado, Yamanoyado y Fukagawa Hachiman Mae.

2 1830-1844.

Yamadaya, un prostíbulo pequeño en el que había seis mujeres, cada una con su propia estancia, solicitó una caseta en esta última área.

Unos días antes de Año Nuevo, Yatsu entró en el prostíbulo llena de energía y con los ojos llenos de asombro. El aire frío de los carámbanos que colgaban del tejado se coló en el interior.

—Asagiri, en Hachiman ya han instalado las tiendas y los puestos de comida. ¡Vayamos! He oído que también hay abalorios de cristal.

—No me apetece. Hace demasiado frío.

Asagiri frunció el ceño, se encogió dentro de su futón de algodón y se acercó al brasero. La caseta provisional alojaba un prostíbulo de clase media-baja en el que las mujeres compartían sus habitaciones. Asagiri lo hacía con Yatsu.

Había olvidado cuántas veces había tenido que huir de un incendio, pues siempre había vivido en Yoshiwara. Sin embargo, para Yatsu, que había llegado allí con trece años, no era normal estar en un lugar como aquel, y menos en el área de Hachiman Mae. No era de extrañar que no pudiera ocultar su ilusión por la llegada del Año Nuevo.

—No digas eso, Asagiri. Vayamos.

Yatsu se quitó los zōris³ y tomó a Asagiri de la mano, insistiéndole con la mirada.

—¿Tanto te apetece? Te daré dinero para que vayas con Mitsu.

—Imposible, Mitsu está con uno de mis clientes.

Yatsu cerró los ojos con tristeza. Mitsu y ella eran como hermanas de sangre, pero la otra chica tenía el corazón frío.

3 Sandalias planas de paja que se usan con los kimonos.

A Asagiri le daba pena dejarla sola después de que Mitsu la hubiera traicionado, así que se levantó de mala gana y se marcharon sin avisar a la dueña.

El camino que daba acceso al templo bajo el arco de entrada de Fukagawa Hachiman estaba abarrotado de mujeres sin maquillaje y niños. Bajo el despejado cielo azul, que parecía desmentir que hubiera estado nevando hasta la madrugada del día anterior, resonaban las fuertes voces de los vendedores en sus puestos, las melodías de las flautas y tambores, y las risas de las mujeres. Desde el principio del camino, Yatsu observó la escena ruborizada por la excitación.

—¿Dónde venderán abalorios de cristal?

—Será por ahí —dijo Asagiri, señalando la multitud que se veía a lo lejos. En Edo solo había un taller de artesanía en cristal pero, como a la ciudad llegaban personas de todas partes, ella ya había tenido la oportunidad de ver vajillas preciosas de tan valioso material. Yatsu se refería seguramente a unas cuentas que llamaban «abalorios libélula» por su parecido con los ojos del insecto. Una vez, un comerciante que había llegado de Nagasaki enseñó a Asagiri unos pequeños abalorios de cristal con un adorno floral.

Yatsu tiró de la mano de Asagiri sin disimular su alegría y aceleró el paso.

—Espera, que me voy a caer.

La melodía de los instrumentos se alzaba sobre las risas de las mujeres. De repente, Yatsu gritó; la mano pálida y tierna de Asagiri se le escapó y un alud de gente la tiró al suelo y se la tragó.

—No debería haber venido —suspiró Asagiri, intentando evitar los pisotones.

Los transeúntes no se daban cuenta de que estaba en el suelo y le daban patadas sin querer. Asagiri notó que se le había caído una de sus peinetas, pero en ese momento lo más importante era recuperar sus zōris para poder andar. Estaba buscándolos por el suelo cuando alguien la levantó por las axilas.

Se la llevaron, como si fuera un gatito, hasta un lugar más allá de los puestos de la feria donde ya no había gente. Asagiri, que rara vez se sorprendía, se moría de curiosidad y en cuanto apoyó los pies en el suelo se giró para ver quién era.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

No le sonaba su cara. Era alto y moreno y llevaba un kimono austero como el que usaban los samuráis sin amo, también llamados rōnin. Parecía un actor de teatro kabuki; era una pena que tuviera una cicatriz en la mejilla izquierda.

—Si no te encuentras bien, te llevaré a tu casa. ¿Dónde vives?

Hablaba con brusquedad pero Asagiri prefería eso a un exceso de amabilidad, pues así no debía temer que intentara violarla. No obstante, le llamó la atención que se ofreciera a llevarla a su casa.

¿No es obvio que vengo del barrio de las putas? ¿No se ha fijado en mi kimono?

—No, señor —le contestó Asagiri con una sonrisa y un solo pie apoyado en el suelo—. No me encuentro mal. Se me ha perdido un zōri y estaba buscándolo.

El hombre le miró los pies. Sus zōris habían sido el regalo de un comerciante de Kioto que la había visitado varias veces. Su diseño no era corriente, ya que las correas tenían el dibujo de una peonía que no era roja sino azul delineada con hilo dorado. Eran sus zapatos favoritos. Él se agachó para mirarle los pies.

—¿Dónde los compraste? —le preguntó, mirándola.

—No sé. Me los trajeron de Kioto.

—¿Y te gustan?

—Sí, claro. Estas peonías azules no son corrientes. ¿No te parecen bonitas?

—Un momento, iré a buscar el otro. Quédate aquí.

El hombre sonrió, se levantó antes de que Asagiri pudiera decir algo y se sumergió en el océano de gente. Como era alto, su cabeza sobresalía por encima de la muchedumbre. Pero enseguida se agachó.

¿Encontrará un zōri tan pequeño entre tanta gente? ¿Y Yatsu? ¿Habrá encontrado los abalorios libélula?, pensó Asagiri mientras observaba a la gente apoyada en un pino. Poco después regresó el desconocido, despeinado. Llevaba el zōri en la mano, sucio después de tantos pisotones. En la cara de Asagiri se dibujó una sonrisa.

—Muchas gracias —le dijo, acercándole el pie para que la calzara.

—Los hice yo.

—¿Qué?

El hombre, todavía agachado, extendió el brazo para tomarla de la mano.

—Me refiero a esto, a los diseños yūzen⁴ de las correas de los zōris. Los dibujé yo, en Kioto. —Tenía las manos calientes y sus dedos se enredaron como el sarmiento con los de Asagiri—. ¿Te parecen bonitos?

El calor de la mano del hombre le entumeció los dedos y Asagiri no pudo soltarle la mano. La miró y ella notó cómo

4 Una técnica para estampar tejidos. Es el método de tinción artesanal más típico de Japón.

subía la temperatura de su cuerpo, igual que la lava ardiente de un volcán.

El sol de invierno estaba poniéndose. Debajo de las lámparas chōchin⁵, tras las rejas del sórdido prostíbulo, las mujeres empezaron a rellenar sus largas pipas con tabaco. Hacía tanto frío que todas estaban deseando tener clientes para entrar. Sacaban las manos entre las rejas, pero los hombres que pasaban ante de ellas no tenían intención de subir y se alejaban con una sonrisa. La difunta tutora de Asagiri siempre insistía en que trabajara con profesionalidad, pues solía distraerse con facilidad pensando en sus cosas. No obstante, aquella tarde no estaba por la labor y tampoco Yatsu, que no dejaba de mirar los «abalorios libélula» de color rosa con partículas doradas en lugar de preocuparse por conseguir clientes.

Puede que yo tenga la culpa, pensó Asagiri.

El hombre que había conocido aquel día se llamaba Hanjirō. Solo le dijo su nombre, y no le preguntó nada sobre ella. «Los dibujé yo». Recordó sus manos, sus dedos llenos de las heridas que se había hecho buscando el zōri. Parecían duras, y sus dedos eran ásperos. Le costaba creer que aquellas manos pudieran dibujar flores tan especiales sobre la seda. Peonías azules. «No se vendieron bien porque las peonías son rosas. ¿Quién habría imaginado que llegarían a ser tus zōris?», le había dicho el joven.

Cuando ya había una pequeña montaña de ceniza en su bandeja, un hombre llamó a Asagiri y ambos subieron al dormitorio. Tenía las manos muy suaves y calientes. Los peores clientes eran los que, en las noches de invierno,

5 Linterna de papel con estructura de bambú o metal.

tenían las manos heladas. Las mujeres pasaban las noches, oscuras y frías, emitiendo sonidos desprovistos de pasión y aguantando el dolor, impasibles, sobre los futones gélidos.

Las fiestas de Hachiman se celebraban un día al inicio del mes y otro a mediados. El camino del acceso al templo estaba silencioso, frío y envuelto en niebla, como si el día anterior no hubiera ocurrido nada. Asagiri se mordió los labios, amoratados por las bajas temperaturas. Tenía las manos y los pies congelados y el frío parecía cortarle la piel.

Sin darse cuenta llegó al pino donde se había detenido con el desconocido el día anterior y negó con la cabeza.

Solo he venido a buscar mi peineta.

Al regresar al prostíbulo después del incidente se dio cuenta de que había perdido una peineta que tenía una flor de ipomea tallada. Había sido un bonito regalo de su peluquero, Yakichi, que siempre la trataba como a una hija. Aunque no lo necesitaba, pues ya era una mujer adulta, siempre le llevaba caramelos y peinetas bonitas sin decir nada a nadie. En el prostíbulo había mujeres mucho más jóvenes y guapas que Asagiri. Sus rasgos faciales eran demasiado pequeños y resultaban exageradamente discretos. Tenía la piel tan blanca que parecía sufrir alguna enfermedad extraña y, cuando paseaba por la calle sin maquillar, la gente se alejaba de ella. Asagiri se veía a sí misma como una flor de ipomea seca.

De repente vio su peineta debajo de la grava. Se agachó para recogerla y vio que uno de los dientes estaba partido por la mitad. Así no podría usarla.

¿Cómo se lo diré a Yakichi?, se preguntó. Suspiró profundamente y escuchó unos pasos sobre la grava. Se giró.

—¿Qué te pasa? ¿Has vuelto a perder un zōri? —El hombre no tenía voz de recién levantado. Asagiri sonrió ante aquella nueva coincidencia—. ¿He dicho algo gracioso?

—No, no. Solo estaba pensando que, a pesar de tu apariencia de rōnin, eres muy madrugador —le dijo, y siguió sonriendo hasta contagiarse su alegría.

—Antes era artesano —le contestó él con una sonrisa—, así que estoy acostumbrado a levantarme temprano. Tú también eres muy madrugadora.

—Hoy he venido a por mi peineta, no a por el zōri.

Asagiri sacó la peineta partida y se la mostró.

—¡Qué raro! Es como la ipomea de Kirisaki —exclamó con admiración.

Asagiri lo miró; nunca antes había oído ese nombre. El joven apartó los ojos de la flor y se explicó:

—Hay muchas variedades de ipomea. Esta, por ejemplo, tiene cinco pétalos diferenciados, aunque en esta región abundan las de pétalos redondeados. Pero hay muchos más tipos de esta planta, desde las típicas campanillas japonesas a unas que parecen petunias.

—Entonces, ¿existen muchas flores distintas que reciben el nombre de ipomea?

El desconocido asintió y continuó mirando la peineta.

—Es una lástima que se haya roto, pues la talla es extraordinaria. Si me la dejas, te la repararé.

—¿Sabes cómo arreglarla?

—No quedará como antes, pero por lo menos podrás usarla.

Asagiri se alegró mucho. El hombre, que la estaba mirando, sonrió.

—¿Estás contenta?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque pareces una niña a la que le acaban de dar un caramelo.

Asagiri regresó a su dormitorio cuando el cielo empezaba a cambiar de color.

—Chica, no sabría decir si estás contenta o si vienes de un funeral —le dijo Yatsu en cuanto la vio.

Aquí cada uno dice lo que quiere. Que si parezco una niña, que si vengo de un funeral...

El joven le había dicho que le arreglaría la peineta en dos días, tras los cuales volverían a encontrarse en aquel lugar.

Cuando me haya acostado con dos hombres, habrán pasado dos días.

Mientras preparaba su futón para echarse un ratito, se abrió la puerta y entró la dueña del prostíbulo. Parecía un gato delgado. Yatsu le puso cara de asco, pero la dueña ni se inmutó.

—No pongas esa cara, Asagiri. Esta tarde acudirás a una fiesta en la chaya⁶ de Fukagawa. No hace falta que trabajes este mediodía. Tú tampoco, Yatsu.

—¿Una fiesta? ¿De quién?

—Del señor Yoshidaya.

¡Qué mala suerte! De todos modos no pensaba trabajar a mediodía.

Asagiri echó una mirada a Yatsu, que también parecía querer decir algo.

Durmió un poco y fue al baño público. Cuando regresó al prostíbulo, su cuerpo ya estaba frío. La primavera todavía estaba lejos. Las dos prostitutas no tenían nada que hacer; habían vuelto a meterse en el futón para vagar cuando el peluquero, Yakichi, abrió la puerta de golpe. Yatsu se hundió todavía más en el futón.

6 Tetería donde se concertaban citas entre las prostitutas y sus clientes.

—¡Qué pronto vienes! Todavía hay sol —le dijo Asagiri frunciendo el ceño.

—La dueña me ha dicho que hoy tenéis una fiesta —le contestó Yakichi—. Tengo que poneros guapas para Yoshidaya.

Yakichi, que tenía cara de buen hombre, se quitó los zōris para entrar en la habitación y destapó a las dos jóvenes.

—Sé que no os apetece, pero hay que levantarse.

Asagiri propinó una patada a Yatsu, que se levantó de mala gana y protestando como una niña contrariada. Mientras Yakichi se ocupaba de ella, Asagiri se acostó para seguir durmiendo.

Tōemon Yoshidaya era un hombre mayor que tenía una tienda de tejidos al por mayor. Pagaba muy bien y por eso recibía un trato especial. Sin embargo, era muy mal bebedor. Las aprendices no querían ir con él y por eso le enviaban prostitutas jóvenes de poca categoría. El conocido aroma del aceite de peinado saturó el aire mientras Asagiri mordía la esquina del futón recordando a Hanjirō e intentando no pensar en la fiesta.

Asagiri abrió la puerta corredera. En el resto de reservados había otras fiestas y las voces y los gritos de las mujeres se mezclaban con las carcajadas de los hombres y las melodías horribles de los samisenes⁷. Parecía que tendría que acostarse con más de dos clientes antes de volver a ver a Hanjirō. Y, justo cuando volvía de atender a uno, lo vio allí. Sus ojos sorprendidos también se clavaron en ella.

7 Un instrumento tradicional de cuerda.